

Entre Ecuador y España: rompiendo fronteras, atando lazos

Alicia López

Licenciada en Estudios Eclesiásticos.

Profesora de Enseñanza Media en Quito (Ecuador)

Master en Acción Solidaria Internacional

Tenía veinticinco años cuando las circunstancias de mi vida me llevaron a dar el paso: migrar hacia lo desconocido; intuitivo, sí, pero desconocido al fin y al cabo. Los recursos con los que emprendí el viaje parecían suficientes: ganas, valor, voluntad, disposición y sobre todo un amor infinito por mi familia –padre, madre y en particular dos hermanos, la una menor y el otro con discapacidad física– y el deseo de dar todo por ellos. Estaba dispuesta a sacrificar mi vida: el bienestar económico de mi familia lo valía, y mi espíritu aventurero lo respaldaba. Hoy, después de catorce años desde aquel momento decisivo, sigo creyendo que fue la mejor decisión.

Partí de Ecuador con la firme idea de volver en poco tiempo y sola; no fue así en ninguno de los dos casos. Viví doce años consecutivos

en España, durante los cuales obtuve permiso para residir y trabajar allí. Esta situación me motivó para retomar y concluir mis estudios en la universidad, época difícilísima pero muy edificante. Esta y otras experiencias me ayudaron a dar un paso fundamental en el contexto de la migración: pasé de ser y sentirme la «inmigrante acogida», la «extranjera» y «extraña» que estaba de paso, a ser y sentirme una ciudadana más; no es fácil dar este paso, sobre todo porque hay varios factores traumáticos propios del fenómeno de la migración que dificultan la integración de las personas migrantes en el país de acogida, cualquiera que sea este. Sin embargo, logré hacerlo y esto me ayudó a sentirme capacitada para, a mi vez, ser yo la que acogiera a otros inmigrantes como yo, y principalmente para hacer y formar una vida propia;

de esta manera, España se convertía en mi segundo país. Empecé a sentirme asentada allí.

Un migrante nunca deja de sentir añoranza por el país de origen, la familia, las costumbres, la cultura y todo lo que en el pasado constituyó una vida; pero esto no impide el seguir construyendo y sembrando vida en otro lugar. Un migrante aprende a compartir la vida entre dos amores, sí, dos amores: el que quedó atrás, el país natal al que se añora, y el otro, el que constituye el presente que enseña y reta una y otra vez, el país de acogida. Los migrantes aprendemos a romper fronteras que sólo limitan, aprendemos a sentirnos ciudadanos universales. Para un migrante económico, como fue mi caso, la familia que queda atrás sigue siendo el centro y la motivación primera para luchar y superar cualquier tipo de adversidad. En mi caso, durante los años que permanecí en España logré mantener una conexión estrecha con mi familia a través de Internet, llamadas telefónicas, correspondencia escrita y viajes de visita. Toda esta dinámica de comunicación constante fue configurando en mí una nueva forma de sentir y estar en la familia que quedó tras el *charco*, presente y ausente al mismo tiempo.

La globalización y sus nuevas formas de comunicación constituyen un poderoso puente de conexión para las familias fragmentadas a causa de la migración, o si se quiere, para los nuevos modelos de familia que se van imponiendo y que son consecuencia de los cambios sociales propios de nuestra generación. Ciertamente, esto no supe de ninguna manera la presencia física, pero provoca una interrelación estrecha. Las familias migrantes, tanto las que se quedan en el país de origen como las que se desplazan al país de destino, hoy por hoy tienen la comunicación más al alcance de la mano, ciertamente mucho más de lo que la tenían aquellas que, en un pasado no tan lejano, se veían forzadas a migrar sin mayores aspiraciones de comunicación: para estas familias, la partida era traumática, ya que quienes se quedaban sabían que pasaría mucho tiempo antes de saber nada de quien se iba. En mi caso, siempre estuve al tanto de todo lo que les ocurría a mis seres queridos, y ellos conocían todo lo que me ocurría a mí. De esta manera, cuando lograba hacer un viaje de visita no me sentía en absoluto extraña, y me integraba sin mayores dificultades.

La migración en todas sus fases ha sido siempre dolorosa por las

rupturas y secuelas que provoca, principalmente en las familias: padres o madres que dejan hijos y a su cónyuge, hijos –mi caso– que dejan padres y hermanos..., pero creo que hoy el panorama ha cambiado un poco y para bien. Parece que en el fondo de todo esto está la adaptación positiva de las familias –los nuevos modelos de familia– a esta nueva sociedad tan heterogénea, diversa, globalizada y en constante cambio, lo que va configurando –así lo demuestra mi experiencia– una nueva forma de ser y estar en la familia. Las redes sociales contribuyen poderosamente, como he indicado, a que el migrante siga sintiéndose miembro activo del núcleo familiar a pesar de la distancia.

Hoy por hoy vivo en Ecuador, donde regresé con una hija que nació en España, y mi esposo que es español. Además, tengo una hermana que aún permanece en España y otro hermano que vive en Venezuela. Estamos dispersos por varios países, pero logramos mantenernos unidos. Los fines de semana Internet permite que mi esposo vea a su padre y a su hermano y hable con ellos, y esas conversaciones permiten que nos veamos y nos sintamos familia, desde la toma de decisiones hasta una simple manifestación de cariño a través de una broma sana y

sencilla. El teléfono, igualmente, nos permite a mí y a mis hermanos estar en constante comunicación.

Es cierto que los nuevos modelos de familia están adaptándose positivamente a esta nueva sociedad más global y menos fronteriza; sin embargo, cualquiera que sea el modelo familiar, este tiene grandes retos por delante. El principal, ser el centro desde donde se fomentan principios y valores humanos, éticos y espirituales que permitan que todos nos reconozcamos iguales con particularidades que nos hacen al mismo tiempo diferentes. Nuestras sociedades necesitan de personas más tolerantes, más generosas y más solidarias, pues, paradójicamente, en este nuevo mundo globalizado, las redes sociales mal entendidas y mal aprovechadas, y el mal empleo de las remesas destinadas *sólo* a la adquisición de objetos materiales y de un estatus social *burbuja* están generando un individualismo y una indiferencia despiadados. Quienes más lo sienten son muchos niños, adolescentes y jóvenes que reciben, *y sólo reciben*, lo que sus padres les proporcionan con el único fin de cubrir su misma ausencia.

Desde hace dos años trabajo en un colegio salesiano de la ciudad de Quito; en él he podido ver en

primer plano esta realidad. Muchos de nuestros chicos con serios problemas de estima, de identidad, de estabilidad emocional, que se sienten solos o que simplemente muestran indiferencia ante todo, son hijos de padres que en un momento determinado migraron o que aún están en situación de migrantes, o bien son chicos que ellos mismos fueron reagrupados pero que no consiguieron integrarse en la sociedad de acogida y que regresaron. A muchos de ellos no les hacen falta recursos económicos; al contrario, los tienen de sobra, pero se sienten carentes de la presencia y afecto de sus progenitores o cargados de algún tipo de resentimiento por el tiempo de ausencia física de quien migró.

La familia, entendida en cualquiera de sus modelos, tiene sobre sí el gran reto de no diluirse ni perder su identidad en medio de prejuicios sociales, o en imágenes que de ella se tenían y que la encasillan.

Desde el punto de vista más cristiano y eclesial, a propósito del próximo Sínodo sobre la familia, afirmo que es urgente que nuestra Iglesia se cuestione sobre su acompañamiento y su apoyo concreto a las familias, especialmente a aquellas que se salen del modelo

tradicional. Uno de los hechos negativos que trae consigo la migración es la ruptura conyugal, pero este hecho no es exclusivo del fenómeno de la migración; es, hoy por hoy, un hecho muy frecuente en cualquier sociedad que se diga libre, moderna y global. Las familias se reestructuran, y en muchos casos no sólo una vez, sino dos o tres veces, y no lo hacen por capricho o porque sí, sino que hay toda una serie de circunstancias detrás de cada reestructuración. Creo que a la Iglesia le corresponde hacer una lectura constructiva de esta realidad desde una lectura real del Evangelio de Jesús, que, siendo como es acogedor, nos debe sobre todo *decir algo*. La realidad es que muchas de las familias actuales, sobre todo quienes han contraído segundas nupcias o las personas homosexuales, se sienten rechazadas y con mínimas posibilidades de formar parte de la Iglesia como comunidad; y creo que la Iglesia –como jerarquía y como pueblo– está en la obligación de actualizar y transmitir desde el testimonio de la cercanía y en un diálogo sencillo y comprensible el amor misericordioso del Padre, anunciado tajantemente por Jesús. Lo que espero del Sínodo es que ponga los pies en la tierra y sea concreto.